

La pintura de Carlos Pedraza

Carlos Pedraza no nos ha dado la oportunidad de contemplar de una vez el cuadro sostenido de su obra, que se extiende ya por más de 30 años. Sería quién sabe sorprendente saborearla en sus motivos reiterados —naturalezas muertas, paisajes, flores— y seguir en su arabesco la infinidad de matices que representan sus cambios.

Pedraza ha llegado a la maestría en el tratamiento de sus temas. Cada uno lo obliga a exigirse de nuevo, virginalmente, con la misma pureza inicial de la mirada; cada uno lo obliga a sumergirse en sí mismo y adentrarse al mismo tiempo en su objeto, en faena de trascendencia cuyo resultado lo lleva a una nueva condensación de su constancia visionaria. Para el ojo superficial, las variaciones pueden ser mínimas. La verdad es que están cargadas de significado y que, a su manera, su pincel, consciente de sus límites, crea un espejo que no termina jamás de revelar los rostros cada vez más finos de su imagen secreta. El experimento es realizado en la intimidad, sin espectáculo, como en sordina y, como bien apunta el pintor en sus confesiones, empieza y termina en una dilatación de la conciencia que es como un sueño dirigido. Como Pablo Burchard entre nosotros, Carlos Pedraza es un poeta del color. Los temas de la realidad

perceptiva les sirven sólo para intensificar el encantamiento de la visión estética. He ahí su testimonio perdurable.

El momento germinal de la ejecución pictórica, es decir, el marco mental que hará surgir los objetos en el lienzo, contiene en la pintura de Pedraza un centro vivo de intenso dinamismo que se extiende en vibraciones de color y vuelve a concentrarse en focos de materia creada y recreada con pasión expresiva. El arte del pintor consistirá en crear una atmósfera y en profundizar la sensualidad sin salirse de ella. El transforma la simple carnalidad en sustancia, en imagen que se redondea y ahonda, en un afán de enfrentarse con la cosa misma —cosa mental— que la visualidad revela sólo a medias. Sin ser lo que hoy se llama un texturista, Pedraza crea valores táctiles y, en su red baudeleriana de correspondencias, evoca perfumes, bálsamos afiebrados, esencias capitosas de henchida sonoridad.

En esa lucha amorosa que vitaliza la materia reside una de las virtudes de la pintura de Pedraza. Dialécticamente, junto con transmitir tan bien la complacencia extrema que nos provoca la belleza sensible, sólo alcanza su plena identidad cuando la vemos como retrato. Un retrato en profundidad, en el alma de sí.

Desde luego, estos bodegones, esos paños de color tremolante, aquellos jarros no nos importan mucho en cuanto tales. Nunca han importado en sí y de seguro a un Zurbarán lo tendrían sin cuidado, siempre que se prestaran para expresar su sentimiento esencial, austero y espiritual de la existencia. A Pedraza le sirven de estímulo para tocar la masa visual de las cosas, en un intento —el más difícil— de dar corporeidad al tiempo. El tiempo cautivo en un oasis de espacio. Nada hay en él, sin embargo, de especulación ajena a la pintura. El pintor no persigue objetivos externos al acto mismo de pintar. La de Pedraza es pintura-pintura,

pintura por que sí. Mas, su lento crecer por la vía de la interiorización del objeto crea una fuente de contemplación que nos conduce a una instancia de conocimiento. Cada uno de sus instantes, vuelto a nacer en la tela, vuelto a morir en ella, vale de por sí. El conjunto descifra una visión, un destino. Su unidad se traza en el goce siempre nuevo que brota de este género de contemplación activa, que penetra en las cosas sin romperlas, sin alterar su misterio.

LUIS OYARZÚN

